

Y tú, Cratilo (1), ejemplo de amadores,
Gloria de la amistad, que perseguido
Del áspero infortunio, á sus rigores
El fuerte pecho opones no vencido;
Tú, al esparcir las merecidas flores
Desatarás el llanto reprimido,
Cual si al voraz incendio se avecina
Por sus extremos la troncada encina.

¡Y qué llanto igualara al sentimiento
O de tu Iberia ó de la Emilia mia?
Aquella, triste en amoroso acento,
Esta, con blanda voz de amistad pia,
Enfrenarán el vuelo al raudo viento;
Pararán la corriente al agua fria,
Y de sus tiernas ansias conmovidos,
Dieran los montes lúgubres gemidos.

¡Caras prendas! ¡Ay triste! ¡Quién pudiera
Unir al vuestro su afligido canto!
El grato amor y la amistad sincera
Templarán dulces mi mortal quebranto.
Al amor sepultó la ausencia fiera,
No escucha la amistad mi tierno llanto,
Y sólo eres testigo al dolor mio,
¡Oh ninfa, tú, del occitanio rio!

¡Ay! ¡Dónde huyeron las alegres horas
Que á tu lado gozaba en la pradera
Cuando, al nacer las candidas auroras,
Tu cítara templabas lisonjera?
El dulcísimo acento las pastoras
Escuchaban con risa placentera,
Y el nombre de la ninfa que adorabas
En el tronco del álamo grababas.

Y yo, á la sombra del frutal tendido,
Tu lira oyendo entre las frescas flores,
De la vecina fuente al blando ruido,
Al placer me entregaba y los amores.
Mi apacible solaz no interrumpido
Envidiaban zagalas y pastores.

Trocaste á tanto bien, destino impio,
La odiosa márgen de extranjero rio.

¡Momento duro aquel, oh dulce amigo,
Que me arrancó de tí! ¡Quién me dijera
Que cuando, á nuestras lágrimas testigo,
La triste noche de mi ausencia fiera,
El cielo, á tantas dichas enemigo,
En muerte y en dolor las convirtiera,
Y aquel abrazo el último sería

Que al cuello de mi Aristo estrecharia?
A orfandad rigurosa condenado,
Sin placer, sin amores, sin cantares,
Llevando á la ventura mi ganado,
Repetiré á las selvas mis pesares;
Empero el nombre de mi Aristo amado
Resonarán los campos que bañares;
Pues oye compasiva el llanto mio,

¡Oh ninfa, tú, del occitanio rio!
Ya ¡qué me resta? Adios, choza inundada
De mi llanto, Liberio generoso;
Adios, adios, redil; adios, manada;
La aborrecida luz dejo gozoso;
Sólo en el seno de la tumba helada
Junto á mi Aristo encontraré reposo;
Mas no olvides jamas el canto mio,
¡Oh ninfa, tú, del occitanio rio!

POETA.

Aquí calló el pastor, que desmayados
Sobre la arena fria
Los doloridos miembros palpitaban.
Los ojos derramados
La postrer luz del dia,
De palidez cubiertos, contemplaban.
Despedidos rodaban
El cayado y la avena

(1) Si acaso estos débiles versos llegan un dia á tus manos, ¡oh mi amado Cratilo! no te será difícil conocer cuál es la divinidad que me lo ha dictado, ¡oh tú el más tierno y el más infeliz de los amantes, el más generoso de los amigos! Pocos se podrán lisonjear de ser tan amados como tú lo eres de tu agradecido Elísio.

(Nota del Autor.)

De la ya incierta mano, y al tormento
De su perdido bien y mal presente
Terminára en morir su cruda pena,
Si el áspero lamento
No oyera diligente
El mayoral Liberio, y en sus brazos
Al techo pastoral lo condujera.
Entre tanto de Tétis los abrazos
Buscaba el rojo Apolo; blando el sueño
Por la tendida esfera
Los hombres y animales recreaba,
Y bajo el manto de la noche umbría
De su tormento Elísio descansaba,
Y aún descansando el infeliz gemía.

ROMANCES.

EL PUENTE DE LA VIUDA (2).

I.

«No vayas á Miraflores (3)
Esta tarde, amado hijo;
No vayas, que ruge el Noto,
De horrenda tormenta indicio.
¡No ves enlutado el cielo,
Cuajado en nieblas el risco,
Y los siniestros celajes
Brotando del mar vecino?

¡Oyes, oyes en los troncos
Del fiero huracan los silbos?
Mira ya en cárdena lumbre
Los horizontes teñidos.
El trueno zumba; los campos
Se blanquean del granizo;
Y tras él, la densa lluvia
Inunda mieses y apriscos.

¡Cuán alterado el Mijáres (4)
Alza su raudal mezquino,
Soberbio con el aumento,
Cual villano enriquecido!

Mira en la Rambla (5) á lo léjos
Cuál baja el arroyo altivo,
Y el antes árido cauce
Llena con fiero bramido.

No tu vida, que es la mia,
Cárlas, pongas á peligro;
Que agradecerá tu Julia
Que por hoy no la hayas visto.

El pesar de corta ausencia
Sufrirá con fiel cariño;
Que el amor, si es virtuoso,
Sabe vencerse á sí mismo.
Si de su amoroso pecho
He de juzgar por el mio,
Que el riesgo no arrostres pide
Al Dios de los afligidos.

(2) El argumento de estos romances se funda en una tradicion popular del reino de Valencia, que tiene todos los visos de ser verdadero su origen. La tradicion está tan arraigada en el país, que al pasar por Villareal, hubo quien me indicase como construido por la Viuda, el hermoso puente del Mijáres, de trece arcos, hecho en el reinado de Carlos III, siendo ministro el Conde de Florida Blanca, en la penúltima decena del siglo XVIII, por el arquitecto don Bartolomé Ribelles, siendo comisionado para la obra el Marqués de Valéras. (Nota del Autor.)

(3) Miraflores, casa de campo, que finge el poeta situada al otro lado del Mijáres y de la Rambla con respecto á Villareal, y que se supone era la habitacion de Julia, prometida esposa de Cárlas, y de sus padres. (Id.)

(4) Mijáres, rio del reino de Valencia, que pasando por entre Villareal y Almazora, desemboca en el Mediterráneo. (Id.)

(5) La Rambla, cauce de un arroyo casi seco, pero que en los temporales de agua viene muy furioso, y más crecido que el Mijáres, especialmente si proceden las lluvias de las partes de Aragon y del Maestrazgo de Montesa. Corre por la parte del Noroeste, y desemboca en el rio casi enfrente de Villareal. De tiempo inmemorial tiene el nombre de Rambla de la Viuda. (Id.)

De tu suspirado enlace
Ya la licencia ha venido;
No malogres por un hora
De amante constancia un siglo.
Jamás, si en las fieras lides
Mostraste tu pecho invicto,
Las lágrimas de una madre
Desalentaron tus bríos.

Que aunque afligida y viuda,
Sin más amparo ni arrimo
Que tú, Cárlas de mi alma,
Supe enfrenar mis quejidos.
Por tu Dios, tu rey, tu patria
Volabas al trance esquivo;

En tales causas, es siempre
Bien perdido lo perdido.
Gloria y bienes aumentaste
De tu casa al timbre antiguo;
El rey tus bodas permite,
Y eres amante y querido.

En Villareal (1) te adoran
Caballeros y vecinos,
Y desde el Cenia al Segura
Es tu nombre esclarecido.
Este tesoro de dichas,
Que el cielo nos dió benigno,
No destruya, amado Cárlas,
Tu impaciente desvario.

Si Dios reclama sus dones,
Resignémonos sumisos;
Mas disiparlos nosotros
Es locura y es delito.

Tu vida, expuesta en las guerras,
Concedió á los ruegos míos;
Lo que con Dios alcanzaron,
Alcancen tambien contigo.

¡Ay! no cesa la tormenta,
Ni la lluvia; brama el rio,
Y las sombras se anticipan,
Y crujen cielos y abismos.
De Villareal no salgas
Esta noche, Cárlas mio;
Como madre te lo ordeno,
Y por tu esposa lo pido.»

A la maternal ternura
Cárlas responde propicio;
Concede lo que le ruega;
Duda si podrá cumplirlo.
Retírase, y en su pecho
Comienza nuevo conflicto;

Julia aún no sabe que tienen
De ser felices permiso.
¡Pasará la edad de un dia
Sin que vuele enloquecido
Donde el gozo que le oprime
Exhale en dulces suspiros?

¡A mujeriles temores
Se mostrará sometido,
Quien en el campo la espalda
Jamás volvió al enemigo?
Eso no; nunca su Julia
Le llame cobarde ó tibio;
Es intrépido y es jóven,
Y amante correspondido.

A hurto de su madre baja
Por no escuchar sus gemidos,
Ensilla el mejor caballo,
Y se entrega á su destino.

II.

Por la orilla del Mijáres
Discurre el fuerte mancebo,
Fija la vista en el rio,
Y en su amada el pensamiento.
Redobla el Noto su furia;
La oscuridad va creciendo;

(1) Villareal, poblacion hermosa del reino de Valencia, situada á la derecha del Mijáres, donde se supone que tenían su casa la Viuda y su hijo. (Nota del Autor.)

Sólo el relámpago á veces
Traspasa su denso velo.
En diluvios se desatan
Los copiosos aguaceros,
Y las pobres fuentejillas
Corren arroyos soberbios.
Tres veces intenta Cárlas
Lanzarse al raudal violento,
Y tres el bridon paciente
Rehusó el servicio funesto.

Ya contra el curso del agua
Sigue la ribera atento,
Por si algun vado le ofrece
Ménos temeroso el riesgo.
Ya su caballo espolea,
Soltándole todo el freno;

Ya examina entre las nieblas
Los ribazos más someros.
Cruza el rayo por las nubes;
Ruge el Noto; el firmamento
No concede ni aún el brillo
Del más escaso lucero.

Al bosque de los laureles
Llega, cuyo bulto negro
Sombras añade á las sombras
Con sus erguidos renuevos.
Allí ménos hondo el rio
Correr suele y más extenso,
Quando manso entre las piedras
Deja puente al pasajero.

Allí piensa atravesarlo;
Y su leal compañero,
Más dócil al acicate
Adonde el peligro es ménos,
Entra en las ondas y avanza;
Ya pierde el fondo, y los remos
Nadando extiende; ya opone
Al raudal el firme pecho.

Con hábil instinto el paso
Va poco á poco torciendo;
Parece que cede, y vence;
Y es la esperanza su esfuerzo.
Ya de la opuesta ribera
Conoce cercano el puerto,
Y por romper la corriente
Agota el último aliento.

Ya pisa alegre la arena,
Bien que anhelando; y su dueño
A Miraflores dirige
Los pasos y los afectos.
Ni le amedrenta del agua
El sonido, ni del trueno,
Ni la oscurísima niebla,
Ni el crudo silbar del viento.

Ya la ermita de Quiteria (2)
Deja, cuyo humilde techo,
Herido del agua, inunda
El rayo en lívidos fuegos.
Hasta el balcon de su amada
Ya puede alcanzar su acento,
Y ya divisa en la quinta
De las luces el reflejo.

Mas ¡ay! que el arroyo altivo
Se opone á su ardiente anhelo,
Y las ondas despeñadas
Niegan paso á sus deseos.
Arrostra el nuevo peligro;
Y el bridon, cansado y yerto,
Obedece, aunque temblando,
De la espuela el duro hierro.

No el agua profunda ofrece
Allí el peligro más cierto;
Sino el ímpetu, que arrastra
Con ella chozas y aperos.
Los riscos de la montaña
Arranca de sus cimientos,
Y los árboles más firmes

(2) La ermita de Santa Quiteria está colocada á la orilla izquierda del Mijáres, muy cercana á él, un poco más al norte de la embocadura de la Rambla. Esta ermita es de la jurisdiccion de Almazora, cuyo ayuntamiento es patrono de ella. (Nota del Autor.)

Se lleva el torrente fiero,
Entre las ramas de un tronco
Se anuda el caballo, á tiempo
Que la avenida furiosa
Le acomete ya indefenso.
De la cañada profunda
Cae deribado en el centro,
Y el remolino sumerge
A caballo y caballero.....
Rompe á deshora la luna
Con sus tímidos destellos,
El negro manto extendido
Por las bóvedas del cielo.
La tempestad cesa; templada
Su silbo el ábrego horrendo,
Y del agua embravecida
Enmudece el ronco estruendo.
La amante, que no dormía,
Afigida del recelo,
Temiendo al amor y á Carlos,
Que nunca temer supieron,
Desciende con sus criados
Del alba al rayo primero
Al márgen, présaga el alma,
Como fiel, del caso acerbo.
Las ondas ya retiradas
Dejaban la rambla en seco,
Y entre sus quiebras yacían
Carlos y el caballo muertos.
Julia le ve y le conoce;
Destroza su amante seno
El ay del dolor, y cae
Amortecida en el suelo.

III.

Yace el jóven infelice
De su esposa en el estrado;
Ella sin sentido, y toda
La quinta en acerbo llanto.
Sube el gemido á los cielos,
Al ver que un momento infausto
Tan preciosas esperanzas
De amor y gloria ha robado.
Cuando al féretro funesto
Se acerca con piés turbados
La triste madre, el quejido
Espira en todos los labios.
Enmudece la familia,
Y su aflicción respetando,
Ni á consolarle se atreven,
Ni á detener sus pasos.
Ella inmóvil se alimenta
Del espectáculo amargo;
Clava la vista en su hijo,
Levanta al cielo las manos.
Algunas lágrimas corren
Por su semblante angustiado;
Del dolor que va á exhalarse,
Un suspiro fué presagio.
Mas súbito el rostro brilla
De ardor purpúreo bañado,
Y como celeste lumbré
Sus tiernos ojos lanzaron.
No es ya una madre que mira
Cadáver al hijo amado;
Que en sus facciones se anuncia
Un sentimiento más alto.
En ellas, aunque abatidas
Por el tormento y los años,
De un pensamiento sublime
Se pinta el júbilo santo.
Así en tarde tempestosa
Rompe á deshora el nublado,
Y entre pálidos celajes
Aparece el sol de ocaso.
Todos la observan confusos,
Creyendo el pesar templado;
Lloran; sus ojos, ya enjutos,
Las lágrimas renunciaron.
En su interior se recoge;

Ora; y el camino hallado
A la voz, mirando al cielo
Y despues al hijo caro,
Dice: «No sufra otra madre
De mi orfandad el quebranto,
Ni infausto el Mijáres sea
A otro jóven malogrado.
Tú, Dios, que ves mi tormento,
Tú, que puedes consolarlo,
Dame fuerzas con que cumpla
El bien que me has inspirado.»
Con rostro apacible á Julia,
Ya vuelta de su desmayo,
Consuela, y de ella y sus padres
Se despide sollozando.
Vuelve á su casa; el cadáver
Llevar los tristes criados,
Y solicita prepara
Los funerales de Carlos.

IV.

A Villareal concurre
La nobleza valenciana,
Y con lágrimas sinceras
Los lutos y arneses bañan.
Luchando contra la muerte,
Del siglo la pompa vana,
El espectro de sus glorias
Lleva hasta la tumba infausta.
Mas allí entre densas sombras
Su mentido brillo apaga,
Indudable testimonio
Dando al hombre de su nada.
Más noble tributo ofrecen
Enternecidas las almas,
Cuando al jóven malogrado
Tristes lamentos consagran.
Llora la esposa afigida;
Quéjase de ser la causa
De tanto mal, y quisiera
No haber sido tan amada.
Lloran amigos y deudos;
Sus compañeros de armas
De los pechos varoniles
Ardientes gemidos lanzan.
Y allá en solitaria choza
La indigencia, consolada
Por él, al cielo dirige
Sus eficaces plegarias.
Con ellas unida suena
La voz de la fe sagrada,
Y «dicha eterna á los justos
Que en el Señor mueren», clama.
Mas el dolor de su madre
Ni se pierde entre palabras,
Ni en suspiros se evapora
Ni en lágrimas se desata.
Serena, impasible, atiende
A honrar los que la acompañan,
Y sus pésames recibe
Con tristeza mesurada.
Terminado el triste duelo,
Al que inmediato heredaba
El blason de las Centellas (1)
Los bienes cede y la casa;
Y reducida á los suyos,
Humilde mansion se labra
Entre el templo de Quiteria,
No menos pobre, y la Rambla,
De alarifes y de obreros
Se vieron luégo pobladas
Ambas orillas del río,
Y del torrente las gabias.
Y en breve sobre el Mijáres
Hermoso puente se alza,
Y otro más fuerte y erguido

(1) El poeta ha podido atribuir el hecho á esta familia ilustre, sin temor de que se quejen los que hoy llevan tan noble apellido.
Nota del Autor.

Sobre el triste arroyo pasa.
Al primero, de Quiteria (1),
Patrona del pago, llama;
Y Puente de la Viuda
Al que consueta sus ansias.
Su casita templo era
De beneficencia santa,
Donde al pobre y peregrino
Socorro y albergue daba.
A la tumba de su hijo
Y al cauce infausto cercana,
Recuerdos tan dolorosos
La caridad mitigaba.
Muchos siglos con seguro (2)
Pié por los puentes pasara
El caminante, burlando
Del fiero huracan la saña.
Mas, del tiempo carcomidas (3),
Ambas fábricas al agua
Cayeron; sólo vestigios
Se conservan entre zarzas.
¿Qué hay reservado al inmenso
Poder de la edad tirana,
Si á defender sus preciosas
Obras la virtud no basta?
Mas ella entre las ruinas
Venerables sobrenada,
Y de emociones celestes
Al pasajero embriaga.
¡Oh fuerte mujer! ni el hombre
Para tí construye estatuas,
Que á los tiranos del mundo
Infame el temor levanta;
Ni tu nombre en sus anales
Conserva la historia ingrata,
Que á los ilustres malvados
Sus tristes pinceles guarda.
Mas ¿qué importa si en el cielo
Ciñes la eterna guirnalda,
Que el agua, dada al sediento
En humilde barro, alcanza?

Á la inmaculada Concepcion de Nuestra Señora.

¿Qué mujer celestial rompe á deshora
La esfera diamantina,
De lumbrosas estrellas coronada?
Orla el sol su sagrada vestidura;
La luna está á sus piés. En vano, en vano,
Dragon antiguo, tu ponzoña viertes.
Ya fulmina la lanza
Que del Empíreo te arrojó, ya caes
A los piés de la hermosa quebrantada.
El ángel admirado
A cielo y tierra su belleza canta;
Y ella triunfante, sobre el monstruo impío
Pone segura la celeste planta.
Albricias, mortales;
Que ya sonrosea
Del Sol de justicia
La aurora halagüeña.
Huyó al patrio averno
La noche funesta,
Y en luces de gracia
Se inunda la tierra.
Ya en el árido desierto
Brotó cristalina fuente,
Ya del celeste rocío

(1) En efecto, el puente antiguo del Mijáres, de un solo arco, se llamó Puente de Santa Quiteria; y no conociéndose quién lo fundó, ha podido el poeta atribuir su construcción á la Viuda. El de la Rambla, llamado Puente de la Viuda, es el que realmente le atribuye la tradición. *Nota del Autor.*

(2) El camino de Barcelona á Valencia pasaba ántes por los puentes de Santa Quiteria y de la Viuda. *(Id.)*

(3) Destruídos los dos puentes, era grande el peligro y continuas las desgracias de los viajeros cuando ocurrían avenidas en la Rambla; por lo cual, no sólo se construyó en tiempo de Carlos III el nuevo puente del Mijáres, situado más abajo de la embocadura de la Rambla, sino también un nuevo camino que pasa por Villareal y por dicho puente á Castellón de la Plana. *(Id.)*

Puro vellon se humedece,
Y al valle de los esclavos
Hermosa Virgen descende,
Exenta, libre y fecunda
Del Salvador de las gentes.
A tu intercesion, oh Virgen,
La humana miseria apele;
Cuanto Dios con el imperio,
Tú con la súplica puedes.

Cádiz, 30 de Setiembre de 1839.

A la reina nuestra señora doña Isabel II, por la terminacion de la guerra civil en las provincias Vascongadas y en Navarra (4).

(1839.)

Huyó el usurpador. Himno de gloria
Resuena alegre en la afigida España,
Y el lauro de victoria
Enjuga el llanto acerbo que la baña.
Almas valientes que en la lid sañuda
Muerte arrostraron firmes, muerte dieron,
Ya la concordia añuda,
Y amigos son los que contrarios fueron.
Merced al héroe, cuya invicta espada,
En mil trances sangrientos vencedora,
Con la oliva sagrada
Se enlazó de la paz que el hombre adora.
Su voz, que al fiero cántabro aterrara,
Oh Luchana, en tus campos funerales,
Oyó absorta Vergara,
Sepulcro de los odios y los males.
Y el fusil cae al suelo, y se estremece
El hierro agudo en la homicida mano,
Y el cañon enmudece,
Y el hermano se abraza al caro hermano.
¡Oh suelo de mi patria! monumento
De rencor, de furors, de venganza,
Siente ya el dulce aliento
Del aura celestial de la esperanza.
Sí; que el ibero, aunque engañado, tiene
Su noble corazon por norte y guia;
Y si tal vez sostiene
De la ajena ambicion la enseña impía,
Vuelve, oh virtud, á tu feliz sendero,
Cuando la luz del desengaño brilla,
Y con ánimo entero
Depone fiel la indómita cuchilla.
Al que fué del error ciego instrumento
Da consejo mejor su pecho mismo;
Y abjura ya contento
Al infernal pendon del fanatismo.
Y á los delirios de soberbia injusta
Prefiere el cetro santo de las leyes,
Que tú, Isabel augusta,
Heredaste gloriosa de cien reyes.
¡Isabel! nombre angélico, que unido
Al de Cristina, el español amante
Grabará enternecido
Con letras de oro en muros de diamante.
¡Nombre de bendicion y de ventura!
¡Nombre de paz!..... Ya el genio poderoso
Lleva á la edad futura
De vuestra gloria el canto delicioso.
Y anuncia el feliz siglo, el sosegado
Reino de la amistad y la abundancia,
Y el saber ensalzado,
Y abatido el error y la ignorancia.
Que si los vientos enristrada hiere
La lanza, huye la ciencia, Apolo llora,
La luz del genio muere
Al soplo de la guerra asoladora.

EN UN ÁLBUM.

Despues del rígido invierno
Espera el Abril sus rosas;

(4) Esta oda fué publicada en Sevilla á nombre de la Academia sevillana de Buenas Letras. *(Nota del Colector.)*

Mas ¡ay! que las más hermosas
Sólo un día vivirán.

Y apenas su blando aroma
Goza el prado y la enramada,
De la rosaleda amada
Al pié marchitas están.

Mueren, mas su olor suave
Llenó de vida el ambiente;
Mueren, mas eternamente
Produce el fruto otra flor.

Así la frágil belleza,
Expuesta, oh tiempo, á tu saña,
Si la virtud la acompaña,
Conserva eterno esplendor.

Sevilla, 28 de Julio de 1844.

AL NIÑO ALBERTO PEREZ DE ANAYA (1).

Mi nombre llevas, Alberto,
Y el sér debes á un amigo,
En mi adversidad probado,
Y en mis bienes complacido.

Por tu nombre y por tu padre
Con doble deber dirijo
Al cielo fervientes votos,
Y el cielo los oye pío.

En favor tuyo le ruego,
Y no temo hallarle esquivo;
Que á la amistad é inocencia
Nunca cerró sus oídos.

Mas no los ricos tesoros
De Crespo para tí pido,
Ni de la ambicion sañuda
Los infaustos regocijos,

Ni los beleños del ocio,
Ni de Accidalia los mirtos,
Ni de las funestas lides
El laurel, en sangre tinto.

Mente sana en cuerpo sano
Ruego, y noble patriotismo,
Mediana y modesta suerte,
Instruccion, virtud y juicio.

¡ Virtud!..... su angélico sello
Grabe en tí, tan fuerte y fijo,
Que jamas borrarle pueda
La inmoralidad del siglo.

Sé de tus amables padres
Gloria en tus años floridos,
De sus canas alegría,
De su senectud arrimo.

Y entre tantas bendiciones,
Tambien para mí suplico
Que del autor de tus dias
Imites el fiel cariño,

Y pueda yo, caminando
De la tumba al cierto asilo,
Decir: «La amistad del padre
Ya reflorece en el hijo.»

Sevilla, 2 de Julio de 1847.

EL IMPERIO DE LA ESTUPIDEZ.

Poema satírico en cuatro cantos; traduccion libre, en verso suelto,
de la *Dunciad*, de Alexandro Pope (2).

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Alexandre Pope, célebre poeta inglés, que floreció á principios de este siglo, escribió el poema de la *Dunciad*, contra los malos escritores de su tiempo, con quie-

(1) LISTA habia cumplido setenta y dos años cuando escribió este romance. Es acaso su última composición. (Nota del Colector.)

(2) Esta traduccion fué leída en la Academia de Letras Humanas de Sevilla, el 22 de Julio de 1798. Veintidos años tenia LISTA cuando tradujo, ó, mejor dicho, imitó el poema de Pope. No titu-

nes estuvo siempre en perpétua guerra; destino fatal que han sufrido en todos tiempos los grandes genios, y que en nuestros dias experimentó uno de los más beneméritos escritores de España, cuyo nombre bastará á honrarla en la posteridad. Este poema es una verdadera sátira, y la máquina épica sirve sólo de misterioso velo, que oculta un tanto los personajes, para dar al lector el placer de conocerlos, atribuyéndose el trabajo y mérito de descubrirlos por sí mismo. Así, aun cuando no se observe en él una gran regularidad de plan, un enlace seguido, una catástrofe bien preparada y una accion conocida siempre y de cierta extension y tiempo, debe advertirse que la falta de estas bellezas, propias de la epopeya, no deben disminuir mucho el mérito de un poema que en su fondo es una sátira.

Aunque el genio inglés, demasiado vehemente y desreglado de imaginacion, no sea el más propio para dar á las composiciones poéticas la unidad, regularidad y verisimilitud que constituyen la principal belleza de las obras de determinada extension y complicacion de intereses, Pope, sin embargo, ha adquirido, aun entre los franceses, que pecan por el otro extremo de nimia exactitud, la reputacion de poeta filósofo. Es, sin duda, el que mejor ha conocido, de sus nacionales, las reglas del arte, y el que mejor ha sabido sujetarse á ellas. Los defectos que notó al poema de Estacio, poema que, por el movimiento desreglado de pasiones, está muy dentro del genio inglés, son una prueba de esta verdad. Otra, y la más convincente, es su poema del *Rizo de Bolinda*, en el que, al mismo tiempo que se admira la imaginacion fecundísima del poeta, que en una accion tan pequeña como cortar un caballero el rizo de una dama, encontró tantos y tan bien nacidos episodios, se advierte regularidad bastante en el plan y movimiento de la accion, siempre, lo confieso, se dejará ver el estro violento de su nacion; pero ya es mérito haber corregido este defecto en la parte principal de su obra.

Mas en el presente poema siguió muy diferente camino; en todo él reina un desorden propio y característico de la sátira, y como fué éste el fin primario del poeta, no dudo que á él sacrificara la regularidad de la accion. Veráse esto más á las claras si se considera que el segundo y tercer canto, que son episodios accidentales, por no estar íntimamente ligados con la accion, ocupan tanto espacio en este poema como el primero y cuarto, en que se canta el hecho principal; disposicion muy ajena de la unidad é interes épico; y ¿á qué otra causa deberá atribuirse, sino á que estos episodios son, por su naturaleza, más capaces de los rasgos fuertes y punzantes de la sátira, como se ve con sólo leerlos? En ellos encontró recurso el autor para ejercitar la musa de Juvenal más que en otra parte, y así se detuvo tanto allí como en el resto del poema.

Estoy, pues, muy léjos de suscribir á la opinion de un célebre frances, que coloca la *Dunciad* en un lugar superior al *Lutrin* (3). Las bellezas de este otro poema, que es una cabal epopeya, son de un género muy diferente que las de la sátira inglesa. El gran mérito de ésta consiste en la valentía del pincel satírico, con que su autor pone de bulto los caracteres ridículos de sus héroes; en el bellissimo y original pensamiento de haber

beamos en dar á la estampa esta obra, hasta ahora inédita, porque está sembrada de alusiones satíricas á los poetas españoles del siglo último, demuestra el desenfado y la travesura que asomaban en el ingenio de LISTA en los albores de su juventud, y caracteriza las tendencias literarias que reinaban en la llamada *Escuela sevillana*. (Nota del Colector.)

(3) *Le Lutrin (El Facistol)*, poema burlesco de Boileau.

dado un tono de heroísmo á toda su narracion, que hace resaltar más y más la ridiculidad de la accion y de los personajes, pensamiento llevado hasta el cabo con toda felicidad; en la multitud de situaciones semejantes á las de la epopeya en que presenta á los actores; últimamente, en la viveza de sus sales y magnificencia de sus imágenes. Hablando de esta parte, anticipo lo que debiera decir despues, de mi traduccion: es que quizá he mejorado el original en algunos pasajes magníficos, cuya grandeza consistia en las imágenes; mas en la parte satírica y en cuanto á las sales epigramáticas de que está llena la obra toda, no puedo desconocer que me he quedado no pocas veces inferior al poema inglés, y que no he podido trasladar como quisiera aquella fuerza cómica, que era característica del genio de Pope. Me he propuesto dar con esta traduccion á conocer á los literatos españoles un poema en que tanto abundan las bellezas satíricas, y que puede servir de ejemplo en el género mixto de cómico y heróico, y en aquella clase de sátira en que los caracteres ridículos se visten á la heróica, para que más brillen con tal desigualdad. En cuanto al estilo y diction poética, he procurado hacer la obra absolutamente española, engalanándola á la usanza de Castilla, de modo que más bien parezca natural que extranjera, y vestida al uso del país.

Mas esta transformacion, que es en lo que debe consistir el mérito de una buena traduccion, no es la más esencial que se ha hecho en la presente. Como á los españoles interesa muy poco oír los nombres desconocidos de los malos escritores que inundaron la Inglaterra á principios del siglo, resolví, conservando la máquina y organizacion del poema, y, en cuanto fuera permitido, sus mismos pensamientos, sustituir á los estúpidos ingleses los escritores idiotas de nuestra nacion, cuya lista no ha sido, por desgracia, ni muy corta, ni muy difícil de hacer. Mas siempre he tenido la prudencia de no nombrar á sujetos vivientes, á no ser anónimos, ó que estén silbados de toda la nacion. La estupidez es propia de todos los países y siglos; así que no es de admirar que cuando los genios superiores ilustran el reino con sus luces y conocimientos, haya tambien ingenios de la infima clase, que, halagados de un falso brillo de gloria, ó instigados del hambre, lleguen á ser la vergüenza y el oprobio del orbe de las letras, y consigan al fin el digno premio de sentar sus nombres en un eterno olvido. El poema está consagrado á celebrar los triunfos de la estupidez y á manifestar los medios de que se han valido y valen sus secuaces para afirmar el trono de tan terrible númen; los grandes genios, que son el honor y la esperanza de la nacion, verán cuáles obstáculos deben oponerse á la dilatacion de este imperio.

Volviendo á las mudanzas hechas en la traduccion, aunque hay las más veces muy exacta semejanza entre los estúpidos de todas las naciones, pues todos son fundidos en un mismo molde, con todo, como no siempre es ésta fácil de encontrar, algunas veces ha sido menester modificar los pensamientos del original, otras suprimirlos enteramente, sustituyendo tal vez algunos trozos de propio caudal. Algunos pasajes característicos del genio y de la libertad inglesa se han suprimido enteramente.

Pero la alteracion más notable consiste en el héroe del poema. Buscando un jefe de partido en que se reunieran todas las circunstancias necesarias para subrogarlo dignamente al héroe de la *Dunciad*, observé que el famoso Rosely, aunque por dicha no español, estaba, por desgracia, tan connaturalizado en nuestro país, gracias á sus necios admiradores, que podia reputarse por

ciudadano de nuestra república literaria. No era fácil hallar entre nuestros escritores adocenados de estos tiempos un estúpido de reata que haya hecho tanta riza en el saber español, acaudillando bajo sus banderas todos los botargas de la literatura. Por otra parte, como esta clase de sátiras se versa más bien acerca de las obras que de las personas mismas, y la obra de Rosely quizá no ha logrado en su suelo nativo, á pesar de dos ó más impresiones, la cuarta parte de la celebridad que en España, donde reanimó el partido peripatético, ya moribundo, me resolví á elegirlo por héroe, y hacer que su traslacion á nuestro reino (que debe siempre entenderse alegóricamente) fuese una parte principal del poema.

Últimamente, las prendas literarias de Rosely son tan en grado heróico, que cualquiera de ellas bastaria para coronarlo, sin disputa, por monarca de la idiotiez. Su impudencia en desacreditar los escritores más piadosos, en llenar de oprobios los nombres más sabios y respetables, su admirable mendacidad en atribuirles doctrina y opiniones que no conocieron, su audaz orgullo en decidir soberanamente sobre materias que no son de su instituto, su infidelidad en trincar los pasajes y marañar el sentido claro y genuino de los autores; finalmente, los infinitos absurdos de todo género que se escabullen á cada plumada de su mano, y el nuevo sistema, original suyo, de mezclar á la algarabía del peripato los principios matemáticos de los modernos; todo, todo lo hace acreedor al imperio de la estupidez.

Éstas son las advertencias que me pareció debian servir de preámbulo á mi traduccion. Acaso, despues de leída, parecerá á algunos que ni el poema las merece, ni la version que presento. Si así fuere, la benignidad de mis compañeros disimulará los defectos de elocucion y traduccion castellana, en vista del inglorioso trabajo que ha costado, mucho mayor de lo que tal vez se creará.

CANTO PRIMERO.

Argumento.

Proposicion del poema.—Invocacion.—La Estupidez, al recorrer los lugares sujetos á su dominio, fija la atencion en Rosely, que desesperado por el poco efecto que produjo su *Numa*, determina abandonar el ejercicio de escritor, forma una pira de sus libros y le pone fuego. La diosa acude, y lo apaga con un maravilloso arificio. Conduce á Rosely á su templo, de donde, guiados de agüero favorable, pasan á la Iberia, y en las orillas del Bétis es proclamado el héroe por monarca del bando estúpido.

Canta, oh Musa, la madre poderosa
De la mentecatez, y el hijo heróico
Que, á la fértil Iberia trasplantado
De las playas tirrenas, mostró al mundo
Cuán igualmente en todos los países
Un verdadero zote fructifica,
Y di cómo el antiguo *Peripato*,
Que olvidado yacia en vil sepulcro,
A sus rebuznos despertó, y alzando
Del polvo la cerviz, su frente adusta
Volvió á mostrar ceñida de laureles.

Tiembla la Iberia, viendo en su recinto
El númen tutelar de la barbarie
Tender segunda vez el duro cetro.
Vosotros, editores, á quien Jove
Y la violencia de un asnal destino
Hizo de su grandeza el instrumento;
Vosotros, que admiráis y eternamente
Admiraréis su estúpida impudencia,
Decidme por qué medios la alta diosa
Logró adormir en su profundo sueño
El genio ibero, y cómo esparcir supo
Luengo entorpecimiento en mar y tierra.

Antes que los mortales aprendieran
A escribir y leer, y el gran Tonante